

## Capítulo XII

## Últimas horas

**P**EDRO FÁÑEZ fué el único hombre que, aparte de su propio autor, supo el nombre del matador de López de Cardona.

Tal vez D. Fernando Ponce de León llegó á sospecharlo, pero nada preguntó á Rodrigo, ni Rodrigo le hizo revelación de ninguna especie.

Uno y otro profesaban el principio de que cuanto pueda referirse al honor de una dama, objeto debe ser del más lato y escrupuloso secreto.

Rodrigo, que sin duda pensaba como Pedro Fañez, no se sintió molestado por remordimiento alguno.

Había cometido un crimen, pues crimen es quitar la vida á cualquier hombre, pero aquel había atentado contra el honor de sus padres y buscado su deshonra y la de sus hijos.

La sociedad, con las armas que en su mano pone la ley, quizás hubiese podido castigar al ladrón de la honra de una familia; al salteador de una casa que pretendió violar; pero la justicia humana, por efecto de su publicidad, promueve y acrece el escándalo, y en asuntos de esta especie el escándalo hace á la honra más daño quizás que el mismo delito intentado ó cometido contra el deleznable honor humano.

En aquella época y las subsecuentes, hasta el advenimiento de la civilización y los progresos de nuestro siglo, los padres, los hijos, los maridos y los hermanos, se hacían por su propia mano la justicia en asuntos de honra.

Los poetas del siglo de oro de la literatura dramática española, levantaron á este uso los monumentos de sus inmortales obras.

Por nuestra parte no discutimos, ni hacemos observación ninguna.

Casos son estos que siempre resolverán según las circunstancias los propios interesados.

Rodrigo profesaba culto á las doctrinas, un tanto bárbaras si se quiere, de los hombres de aquella época en materia de honra.

De acuerdo con aquellas doctrinas, mató á Nuño López de Cardona, sorprendiéndole en flagrante delito.

La condesa de Peralta, ¿sospechó á su vez la causa de la muerte de su marido y el nombre de su asesino?

No lo sabemos.

Únicamente nos consta que su odio hacia los Ponce de León creció de un modo extraordinario.

Cuando con ocasión del duelo, los Ponce de León se presentaron á darle el pésame, la condesa no quiso reci-

birlos y se limitó á darles las gracias por conducto de Pedro Fañez.

Por conducto también de este se negó á hacerles un préstamo que Alvar, sin noticiárselo á su padre, solicitó, invocando la religiosidad con que D. Fernando había satisfecho sus deudas aun después de muerto López de Cardona.

Cuando de ello se enteró Rodrigo, desaprobó duramente la conducta de su hermano mayor, y le hizo ver que los Ponce de León no debían solicitar favor alguno de los usurpadores de su fortuna.

Alvar no comprendió bien las razones de su hermano.

Era su carácter muy distinto del de Rodrigo, pues mientras éste dejábase llevar de sus ímpetus, Alvar hacíase notar por su reflexión y su reposo.

No quiere esto decir que desmintiese la natural fuerza de la sangre que de su padre había recibido.

Lejos de ello, su rostro acusaba mayor energía que el de Rodrigo; pero mientras en éste la cólera ó el gozo se traducían en una franca y corriente verbosidad, en Alvar, sentimientos iguales, acrecían su natural inclinación al mutismo, y sólo su entrecejo más ó menos marcado, traducía las contracciones ó dilataciones de su masa cerebral.

Nunca dijo con dos palabras lo que pudo decir con una sola, y ni aun esta pronunció si con un movimiento de cabeza ó una señal cualquiera pudo evitar el abrir la boca.

Su estilo era breve, seco y conciso, y sus observaciones y respuestas tenían casi siempre algo de duro, de acerado ó de mordaz.

Disimulaba con dificultad los defectos ajenos, y con

franqueza confesaba los suyos, sin gustarle por eso que alguien se los echase en cara, pues tenía la convicción, y era justa, de que él hacía cuanto le era dable para corregírselos y evitarlos.

Sus odios y malas voluntades nunca carecían de causa ó motivos suficientemente justificados, y casi nunca cedía en ellos ni volvía su amistad, al menos de un modo franco, á quien una vez habíasele retirado.

Su despego hería y desconcertaba por mal disimulado, y difícilmente se resignaba á oír explicaciones de aquellos que pudieran haberle lastimado en algún sentido.

Pero todo esto era sólo la corteza de su carácter.

Ni mujer ni niño tuvieron jamás alma y corazón tan sensibles como el suyo.

La más leve desgracia ajena le emocionaba y conmovía.

La más pequeña lástima arrancaba lágrimas á sus ojos, que siempre estaban abiertos á ellas, por más que constantemente que el caso se ofreciese procuraba que no pasasen de los párpados.

Era su alma una de esas almas formadas para el amor, capaz de soportar todos los sufrimientos y de acometer todos los sacrificios.

En ese caso su resignación no era resultado del vencimiento: no entraba poco ni mucho en su resistencia para sufrir la consoladora conformidad. Su amargo silencio, la carencia absoluta de sus quejas eran sólo el disfraz de su ruda rebeldía contra la suerte.

Resultábase de esto mayor intensidad en sus dolores íntimos, y en su concentración y mutismo sus pesares aumentaban en recrudescencia y perniciosos efectos.

Necesitaba ser en extremo grande su aflicción para

que romper pudiese las fuertes murallas de su pecho.

Pero si á romperlas llegaba, la explosión de sus penas convertíale casi en un loco que inspiraba terror y compasión, aun á los más indiferentes.

De su extraño carácter, semejante á impetuoso torrente encerrado entre infranqueables murallas, era distracción y desahogo, su afición al trabajo.

A él entregábase de uno á otro crepúsculo sin dejarse vencer por el cansancio ni por la fatiga.

El era quien vigilaba y fomentaba los intereses de la familia, y después de los sucesos que referidos quedan, su trabajo aumentó tanto más cuanto que Ponce de León se abandonó por completo á lo que sus hijos tuviesen á bien hacer.

Toda la familia se alarmó no sin motivo.

D. Fernando habíase cambiado en otro hombre distinto de lo que siempre había sido.

La soledad y el aislamiento eran su mayor goce.

Hizo trasladar los muebles de su más directo uso, á la habitación que hospedó á Felipe de Rioja durante breves horas, y en ella se encerraba siempre que se lo permitían su esposa y sus hijos.

Según él decía afectando el mejor humor posible, su aislamiento reconocía por causa el deseo de escribir las memorias de su vida, en las cuales legaría á la posteridad una exacta é imparcial historia de su época, en cuyos sucesos parte tan directa é importante había tomado.

—Como he de morir oscuro, efecto de mi pobreza,—decía,—quiero que el mundo no olvide lo que debe á los Ponce de León.

Con esto sin duda engañó á sus hijos, que encontraron muy lógico y racional el noble orgullo de su padre, pero

no logró engañar del mismo modo á su hermosa Juana.

Prueba de ello es que Juana, que á su vez no esquivaba la soledad y el aislamiento, cuando en ellos se encontraba vertía á raudales lágrimas de acerbo dolor.

Quizás presentía que la vida de su esposo no había de ser ya muy larga.

No fallaron sus presentimientos.

Ponce de León amaneció el día del segundo aniversario de la desaparición de Felipe de Rioja, gravísimamente enfermo.

Procuró ocultarlo á sus hijos, y á solas con Juana tuvo con ella una larguísima conferencia.

Cuando esta conferencia terminó, Juana, rojos de tanto llorar sus hermosísimos ojos, llamó á sus hijos para que su padre los bendijese por última vez y fuesen testigos de que su amor no olvidaba al hijo ausente.

Escenas de esta especie no se describen cuando se tiene compasión de los lectores.

Poco antes de las cuatro de la mañana D. Fernando Ponce de León, entregó su alma al Creador.

Aquella había sido la hora en que Ponce sepultó en su ignorada tumba del lago de Tezococ el cadáver de su huésped y pariente Felipe de Rioja.